

MI TÍO ÁNGEL

ELENA BAEZA HERRERA

Mi tío Ángel, hermano de mi abuelo, vivía con su esposa en un rancho cerca de Saucillo; nunca tuvieron hijos. Mi hermano y yo vivimos algunos años con mi abuelo, ya que era viudo. Siempre pensé que mi tío nos quería más a nosotros que a sus otros sobrinos. Con ellos pasábamos en su rancho las vacaciones, que eran esperadas con ansias, pues eran días maravillosos en que los niños de la familia, de diez a dieciséis años, eran admitidos por los tíos, sin importar cuántos fuéramos.

Al llegar, la tía tenía todo preparado para la “tropa”, como ella nos decía. Unos cuartos separados de la casa eran los dormitorios de los hombres que dormían con el tío, y las mujeres nos quedábamos en la casa con mi tía. Nos asignaban tareas que cada semana nos cambiaban y que eran democráticamente repartidas. Primero se hacía una lista de labores numeradas, después se colocaban en una lata los números y cada quien sacaba el suyo. No importaba si a una mujer le tocaba quitar la hierba o a un hombre lavar trastes, hacíamos de todo: dar de comer a las gallinas, a los cerdos o los caballos; barrer patios, tender ropa, en fin, ayudábamos en lo que se ofrecía, menos a preparar la comida, porque en ese tiempo de vacaciones la tía contrataba a una cocinera. Después de haber cumplido con la tarea, todo el tiempo era nuestro para meternos al río, trepar árboles, recolectar piedras y hacer resorteras para matar pájaros.

Cuando el ardiente sol de verano se ocultaba, era la hora de la cena, que consistía en frijoles con queso, tortillas de harina recién hechas y un vaso de leche o té de hojas de nogal con canela; todo nos sabía riquísimo. Terminada la cena, mi tío se sentaba junto a una mesa rinconera donde tenía un quinqué, y nosotros nos acomodábamos a su alrededor en el piso, pues era la hora de los cuentos de terror, leyendas y adivinanzas.

Después sacaba un libro y nos ponía a leer un párrafo, según él para ver cuánto habíamos avanzado en la lectura. Luego escogía un libro, que siempre era el mismo, con un forro café, sucio por el tiempo y el uso, sin título a la vista, y cuando le preguntábamos por el nombre, decía: “Se lo dejo de tarea para el año que viene, a ver quién lo adivina”. Hoy le diríamos mi tío “el cuentacuentos”, pues su voz era pausada y profunda, y nos atrapaba sobre todo cuando llegaba a un párrafo que decía: “La madre de Jacobo, mujer limpia y hacendosa, muy de su casa, bordaba con chaquira y lentejuela una primorosa camisa para que su mozalbete estrenara el día del santo patrono en la feria del lugar; estaba tan bonita que parecía que fuera para un príncipe”; luego hacía una pausa y decía para sí mismo: “¡Ajá! Jacobo, qué guapo vas a ir a la feria”. Todos siempre le pedíamos que repitiera ese párrafo, se volvía hacía su esposa y sonreía, volvía la hoja lentamente y releía lo anterior.

Pasaron los años, algunos rebasamos la edad y ya no fuimos, pero otros siguieron yendo. Nos casamos y, de vez en cuando, los visitábamos con nuestros hijos; otras veces nos poníamos de acuerdo para llegar de sorpresa algún domingo varias familias y nos recibían, aunque ya más viejos, pero con el mismo ánimo de su juventud.

El día que el tío murió, asistió una multitud a su funeral. Uno de mis primos habló al final, dio las gracias al tío y a su esposa en nombre de todos sus sobrinos por tantos años que nos recibieron, pero especialmente a mi tío por las tardes de

lectura, y mencionó el cuento sin nombre diciendo: “Todos los primos aquí presentes seguramente recuerdan aquel párrafo que nos repetía y decía así –y en ese momento se escuchó, como una sola voz, a todos nosotros diciendo como una oración–: ‘La madre de Jacobo, mujer limpia y hacendosa, muy de su casa, bordaba con chaquira y lentejuela una primorosa camisa para que su mozalbeta estrenara el día del santo patrono en la feria del lugar’”, mientras las lágrimas rodaban libremente por nuestras caras; llorábamos por el tío y quizá también por la infancia perdida.

Tiempo después, fuimos varias familias a visitar a la tía y alguien le preguntó por el libro de Jacobo. Ella, con pasos lentos, se levantó, fue a la sala y trajo el libro. Todos lo queríamos, pero ella dijo: “Se hará como hacíamos con las tareas”. Lo rifó y, desafortunadamente, no me favoreció la suerte. Antes de entregárselo al ganador, empezó a quitar el forro diciendo: “Por fin sabrán el título”, y todos pudimos leer: *100 Remedios caseros para eliminar cucarachas*. Riéndose a carcajadas que casi no la dejaban hablar, nos dijo: “Su tío nunca supo leer ni escribir, pero no quería que ustedes lo supieran e inventó ese cuento para divertirlos, pero creo que se divertía más él. Se lo sabía tan bien, que hacía las mismas pausas siempre. Después, a solas, me preguntaba: “¿Cómo me salió el cuento, o no te gusta oír siempre el mismo? Porque sé leer otros”.

Ciudad Cuauhtémoc, Chih.